



Desde la Sociología y el afecto: Reflexiones a un año de la partida de Orlando

Silvana Vargas Winstanley

PhD. Sociología Rural y demografía por Pennsylvania State University

¿Cómo sintetizar en pocas palabras el aporte de Orlando Plaza a la Sociología y la formación de generaciones de estudiantes? ¿Cómo dar cuenta de su apuesta por la generación de conocimiento desde y sobre nuestro Perú? ¿Cómo resumir su influencia en nuestras perspectivas sociológicas y capacidad de formular preguntas relevantes para el país? Hacerlo es sólo posible desde los afectos.



Silvana Vargas
La Colmena

ORLANDO I - DEL PENSAMIENTO SOBRE EL PERÚ A LA REFLEXIÓN REGIONAL SOBRE DESARROLLO RURAL

La primera vez que escuché su nombre fue a inicios los años noventa. En esa época, el nombre de Orlando Plaza estaba ineludiblemente vinculado al Desarrollo y la Sociología Rural. Trabajó en **desco**, emblemático centro de investigación vinculado a la reflexión en torno al desarrollo y, junto a otros colegas, investigó acerca de la dinámica de las comunidades campesinas y el desarrollo rural. La apuesta mayor, en esos años difíciles, era colocar en la agenda del debate público que el desarrollo rural no entrañaba únicamente aspectos técnico-productivos sino también las contradicciones sociales, económicas y políticas de una sociedad y, en consecuencia, pensar el desarrollo suponía la claridad política para responder no sólo a las exigencias por mejores condiciones de vida sino también a la transformación de la organización social que les daba origen¹. Entre otros, estos eran los debates que conectaban a Orlando y su pensamiento sobre el Perú.

Posteriormente, Orlando trabajó en el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) en Costa Rica. Siempre trabajando con otros colegas, siguió pensando el desarrollo rural desde un enfoque innovador – el desarrollo microrregional. “La microrregión, entendida como unidad mínima de la sociedad,

es el campo donde diversos actores sociales se relacionan con un espacio agroecológico y establecen nexos económicos, culturales y políticos que permiten la reproducción de las familias rurales. A la vez, la microrregión es la unidad mínima a partir de la cual se pueden conceptualizar encadenamientos productivos intra e intersectoriales: agroindustria rural, urbanización, etc.”². Este enfoque sería luego la base para diseñar programas de desarrollo rural cuya incidencia ha tenido efectos positivos en la vida de miles de pequeños productores agrícolas y, además, sería el antecedente de lo que, posteriormente, sería la perspectiva del desarrollo territorial rural. Dado el alcance de sus aportes, Orlando adquiriría reconocimiento a nivel regional.

ORLANDO II - DE LEJANO REFERENTE A COMPROMETIDO ASESOR DE TESIS

Conocí a Orlando en 1993. Acababa de llegar de Costa Rica y traía consigo todo el conocimiento, experiencia y entusiasmo descrito líneas arriba. En medio de los años difíciles que nos tocó vivir como país y generación de estudiantes de Ciencias Sociales, algunos de nosotros apostamos temerariamente por emprender nuestras aventuras académicas (léase tesis) sobre “temas rurales”. La llegada de Orlando nos iluminó con ideas nuevas. Nos expuso a la teoría de la estructuración y la noción de agencia en Giddens; la teoría de la acción

¹Plaza, Orlando. Comunidades campesinas: organización social de la producción y el desarrollo rural”, en Figueroa, Adolfo y Javier Portocarrero (editores) Priorización y desarrollo del sector agrario en el Perú. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y Fundación F. Ebert, 1986.

²Chiriboga, Manuel y Orlando Plaza. Desarrollo rural microrregional y descentralización. San José: IICA. 1993.



comunicativa de Habermas y la relación entre lo cultural, lo simbólico y el poder en Bourdieu. Así, nos animó a reconectar la discusión sobre desarrollo (rural) a la cultura. Orlando solía decir que la cultura es parte y da sentido a la acción y a aquello que puede activarla o inhibirla. En consecuencia, era fácil comprender que él entendiera el desarrollo como “un proceso social dirigido a la ampliación de capacidades, al enriquecimiento espiritual de los sujetos y al respecto de diferencias y, por la tanto, a la construcción de una organización social que estimule y potencie esas dimensiones”³. De allí a la conexión con la formulación de políticas públicas y la gestión del desarrollo había un paso. Orlando lo sabía. Esas pistas serían, sin saberlo yo, las que marcarían mi oficio como socióloga y los múltiples tránsitos asociados a él.

Sin embargo, Orlando no era únicamente un profesional convencido y comprometido con la generación de conocimiento en torno al desarrollo rural. Era más. Era, fundamentalmente, un maestro. A medida que yo avanzaba con mi tesis – interesada en explorar las tensiones entre desarrollo rural, cultura e intervenciones del desarrollo en el Cusco – me repitió más de una vez: “Niña linda, tenemos que enviarte a Bután”. Su expectativa era exponerme a una realidad – a miles de kilómetros del Perú – en donde la apuesta por centrar el desarrollo en las personas y su cultura se había empezado a implementar. Fueron innumerables horas de asesoría y charla en donde aprendí de él como investigador pero, fundamentalmente, como maestro. Intuyo

ahora que fue, en medio de esas conversaciones, que mi vocación por la docencia se fortaleció.

ORLANDO III - DE PROFESOR A COLEGA

Años después, al reencontrarnos en la PUCP ya como colegas, no hice más que comprobar lo que ya sabía – Orlando era un maestro. No sólo lo había sido para mí sino para cientos de jóvenes sociólogos. En la historia de la Especialidad de Sociología, a la fecha, él ha sido el profesor que más veces fue invitado a apadrinar promociones y, al finalizar cada uno de sus cursos de Teoría Sociológica, los estudiantes institucionalizaron un ritual – fotografiarse con él en las escaleras de la Facultad. Así, conociendo los altísimos niveles de exigencia de nuestros estudiantes, estos no pueden ser más que excelentes indicadores del reconocimiento a su dedicación al proceso formativo de generaciones de estudiantes y del aprecio que sólo un maestro logra inspirar.

Lo suyo, más allá del desarrollo rural, era la docencia. Una muestra de ello fue obsequiarnos a colegas y generaciones de sociólogos su obra póstuma *Teoría Sociológica. Enfoques diversos, fundamentos comunes*. Orlando nos indica, a través del prefacio del libro, que pretende acompañarnos en el ejercicio profesional y académico de la carrera. No hay duda de que así será.

Orlando era amigo de la buena tertulia sin que ello significara que uno no pudiera discrepar con él. En los últimos años, en más de una ocasión discutimos

sobre el alcance que deberían tener – tema siempre presente en nuestras conversaciones – las tesis de licenciatura de nuestros estudiantes. Sobre el tema, en más de una ocasión me diría: “Niña linda, tenemos que modular las expectativas con la tesis. No podemos pedirles que hagan tesis de Maestría.” Dialogamos mucho, discrepamos un poco y concordamos que la apuesta era que nuestros estudiantes fueran capaces de plantear, argumentar y analizar un problema social. Y en esa dirección vamos. Asimismo, otro tema que nos entretuvo muchas veces era la importancia de consolidar espacios de diálogo entre nosotros, como especialidad y como colegas. Él sabía que no había otra manera de reflejar la apuesta por la Sociología entre nuestros estudiantes. Y hoy concuerdo plenamente.

ORLANDO IV - DE ALEGRÍAS Y AFECTOS

No obstante, más allá de todo lo que podamos decir sobre él, Orlando nos enseñó a amar la Sociología e inculcó en nosotros la posibilidad de comprometernos con ella con alegría. Orlando fue uno de esos sociólogos que no tuvo temor a transitar entre la investigación, la docencia y la gestión. Los tránsitos nos obligan a declararnos en aprendizaje permanente, a no cobijarnos bajo el manto de lo conocido y a desabrigar nuestras certezas. Él nos enseñó, con su ejemplo de vida, que la única manera de conectarse al ejercicio de la Sociología y, posteriormente, a su pedagogía era hacerlo desde los afectos. Y es, justamente, desde allí que estas líneas han sido escritas. ●

³ Plaza, Orlando. Desarrollo rural y cultural ¿cambio y modernidad o modernidad sin cambio?, en: La presencia del cambio: campesinado y desarrollo rural. Lima: DESCO, 1990.